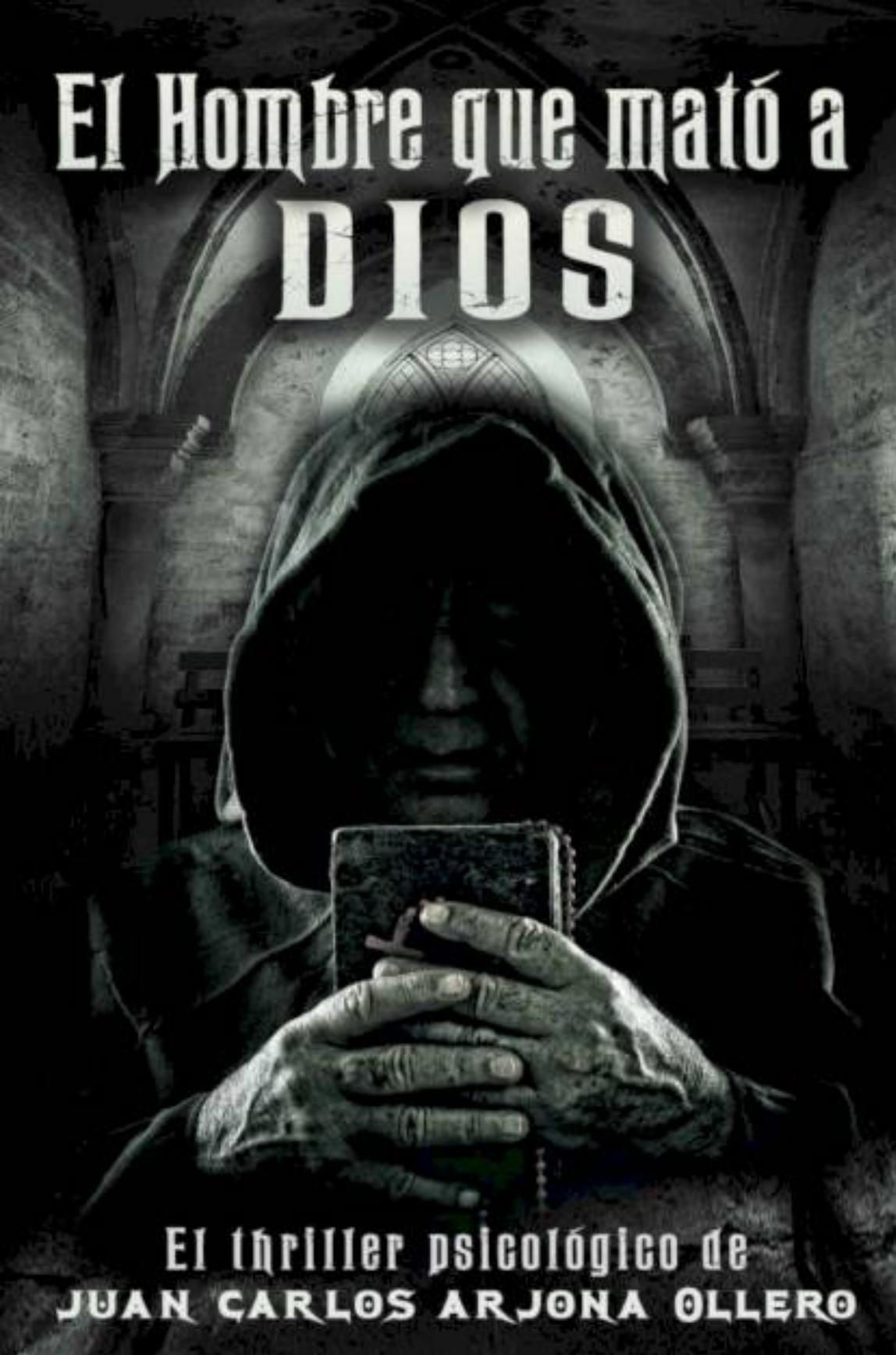


El Hombre que mató a DIOS

A dark, atmospheric photograph of a person in a hooded robe holding a book, set against a gothic architectural background. The person's face is partially obscured by the hood, and the lighting is dramatic, highlighting the texture of the robe and the book. The background shows stone arches and a window with a diamond-shaped pattern.

El thriller psicológico de
JUAN CARLOS ARJONA OLLERO

JUAN CARLOS ARJONA OLLERO

2018©Todos los Derechos Reservados

Esta publicación no puede reproducirse, transmitirse o venderse, en su conjunto o en parte, en ninguna forma, sin previo permiso escrito de su autor. Como única excepción, sí está permitido citar un pequeño fragmento del libro para hacer una reseña o crítica del mismo.

El autor no asume ninguna responsabilidad por el uso que se pueda hacer del contenido de este libro. El lector es el único responsable de sus actos.

Diseño de Portada : Miguel Colo

Sello Independently Publisher

25 de Julio 2018

Twitter del autor : Amosdeltiempo1

EL HOMBRE QUE MATÓ A DIOS

Gabriel se levantó despacio, arrastró sus pies, le pesaban como el plomo. ¿Estaba durmiendo todavía? No lo sabía; a pesar de que había experimentado sueños toda su vida, este era uno en el que no podía discernir si permanecía en el reino de Morfeo o si deambulaba con el aletargado paso de un zombi. Sea como fuere, le era imposible salir de él. Caminaba con lentitud a lo largo del pasillo, pero con paso constante. Aun en la penumbra de la noche, pudo distinguir siluetas, figuras obtusas, lo que supuso debían ser sus muebles y los demás objetos que decoraban su casa.

Gabriel escuchó algo y luego vino un golpe. En cualquier otra situación aquello le hubiera puesto los pelos de punta, sin embargo, en ese momento parecía sedado por una peligrosa calma. El miedo, como mecanismo de defensa, a esconderse de aquel intruso en su propia casa ni siquiera existió; escuchó cerrar la puerta y se apresuró para llegar hasta ella con la intención de averiguar qué ocurría.

Los pies de Gabriel recuperaron su fuerza, se movieron de nuevo impulsados por algo que no supo describir.

¿Pero realmente pudo haber ocurrido algo más extraño que lo que vio?

La puerta que había abierto conducía a un único lugar, y por el paisaje dibujado allí solo podía tratarse del infierno.

Un árbol con sus ramas deformadas como no las había visto jamás... Una mujer yacía colgada de ellas con sus ojos abiertos, nadie se había tomado la molestia de cerrarlos. Aquella expresión de perpetua fatalidad se clavó directamente en sus ojos. Su cuerpo ya no respondía, solo era un vacío carente de alma cuya capacidad motora había sido despojada el instante en que las pupilas de la muerta hicieron contacto con las suyas. En ese momento, y por unos segundos, Gabriel se sintió dentro de una pesadilla.

Una brisa helada sopló; todos pudieron sentirla sin importar la ubicación de cada uno, si dormían o estaban despiertos, si eran culpables o inocentes, esa brisa y la noche fueron los únicos testigos, estaban presenciando algo aterrador.

Capítulo 1

Atentamente, la Muerte

Padre, voy a matarlo en siete días.

Dimitri contempló por tercera vez aquella fina caligrafía. Había encontrado la carta apenas unos minutos antes, cuando entró en la sacristía. Desabrochó el cuello de su sotana en un vano intento por respirar mejor, después de todo, los sacerdotes no estaban acostumbrados a sobresaltos como aquel.

¿De dónde ha salido esta nota? –pensó.

El sacerdote examinó los rincones de su sacristía de forma meticulosa, revisando hasta el más mínimo detalle por si alguien hubiese conseguido colarse en la iglesia; debía encontrar algún indicio. Las sillas, el escritorio, los cajones e incluso la alfombra se encontraban en la misma posición en que las había dejado antes. A pesar de que la nota fuera lo suficientemente explícita, volvió a releerla para buscarle un significado.

Pero ¿quién estaría amenazándole? Después de todo, Dimitri solo era un sacerdote común en una ciudad cualquiera. Le dio la vuelta a la nota y en el reverso descubrió que había omitido algo, una foto o, al menos, un trozo de ella donde se podía ver un bosque de aspecto siniestro que, por alguna razón, a Dimitri le pareció familiar.

Ni se le ocurra llamar a la policía...

Aquella frase estaba garabateada con la misma caligrafía.

–Dios...

Acercó la silla de su escritorio y se dejó caer pesadamente mientras sentía el miedo en su cuerpo.

La situación era tan inesperada como aterradora. El sacerdote se sintió inmerso en una de esas emocionantes películas de terror que tanto le habían gustado en su juventud. Pero ahora, lejos de entretenerle, aquello le hacía sentir un miedo ajeno a lo cinematográfico. En ese momento se le antojaba salir corriendo directo a la comisaría o a la oficina del detective privado más cercano. Dimitri solo hizo lo que sabía hacer mejor, aquello que siempre hacía cuando la situación lo superaba: empezó a rezar.

–Señor, Rey de los Cielos, Padre, que eres omnipresente y nada se escapa a tu mirada. ¡Oh, Padre! No me desampares en esta noche oscura, envía a tus ángeles a resguardar siempre mi camino.

Ángeles

Aquella palabra le robó su atención lo suficiente como para que su oración cesara de golpe.

Dimitri se levantó y caminó hasta el estante donde se encontraban todos los tomos que componían su magnífica colección. Arrastró sus largos dedos sobre los lomos empolvados de aquellos libros. El clérigo era un ferviente creyente de la teoría que asegura que se puede conocer a una persona por los libros que lee.

–¿Dónde estás? Escurridizo... ¡Ah, lo encontré! –exclamó el Padre al toparse con el tomo que había estado buscando; lo extrajo con sumo cuidado, como quien manipula un tesoro de incalculable valor. La tapa del libro estaba decorada con una caligrafía impecable.

FILII DEI

Dimitri cogió el libro y admiró su portada. Sintió aquel placentero escalofrío que recorría su espalda cada vez que entraba en contacto con aquel volumen, aunque “libro” fuera quizás un nombre demasiado llamativo para su propio *Diario de sueños*. Lo había empezado a escribir hacía varios años, más de los que podía recordar. Palpó con sus dedos la portada de forma cariñosa, sentía un afecto especial por ese manuscrito. Lo abrió y, como siempre, la foto del pequeño Jesús lo saludó con la misma pasividad y silencio.

–No hay de que temer mientras Dios esté de mi lado.

Dimitri hablaba en voz baja, en forma de un decadente susurro incontrolable, como si sus palabras no fueran capaces de contenerse en su interior. Sus dedos se movían rápidamente pasando las páginas en busca de algo; no sabía de qué se trataba, pero entendió que lo descubriría apenas lo

viera. Y de la misma forma en que había empezado la frenética búsqueda, llegó de golpe a su fin.

El libro quedó abierto casi a la mitad, se había detenido en una página que en ese momento no recordó haber escrito, pero que sin duda le resultaba interesante.

MANUS DEI

Era el título que se alzaba sobre la ilustración. En ella se veía a un par de ángeles con espadas llameantes, de rodillas, rezando. El dibujo era tan hermoso, detallado y artístico que fácilmente se hubiera podido pensar que se trataba de una obra de Da Vinci o Miguel Ángel. Una ilustración preciosa que podría servir para algún pasaje de las costosas biblias romanas que se guardaban en la iglesia..., de no haber tenido tan macabro detalle: los ángeles carecían de alas y en su lugar, un sangrante muñón daba a entender que se las habían amputado de una manera muy dolorosa. Lo más extraño de la ilustración era que los ángeles no aquejaban dolor en sus caras, como si su fe inquebrantable fuera la responsable de hacerlos inmunes a tal mutilación.

La simple vista de esta imagen probablemente hubiera sorprendido, asqueado e incluso asustado a quien se atreviera a observar semejante escena, sin embargo, Dimitri sonrió.

¿Había sido mera casualidad que su rezo desesperado lo llevara a tomar su *Diario de sueños*? ¿Realmente era una coincidencia que se topara con un dibujo que él no recordaba haber hecho?

De ninguna manera aquello podía ser coincidencia. Para el sacerdote esto era una señal inequívoca de que Dios estaba respaldándole, por eso, no debía temer ni preocuparse por nada. Dios había hablado a través de ese libro revelando la respuesta en su *Diario de sueños*.

–Gracias, Señor –dijo Dimitri ya mucho más sosegado de lo que había estado hacía apenas unos minutos. La amenazadora carta que había recibido ya no le preocupaba tanto, aunque seguía pareciéndole misteriosa. El sacerdote cami-

nó de nuevo hasta la estantería y volvió a guardar el *Filiis Dei* con mucho cuidado entre el resto de los polvorientos tomos del estante.

–*Lo mejor será pensarlo con calma...*

Dimitri echó una mirada de soslayo al escritorio donde había encontrado la nota. Por el momento intentaría no pensar en ello. Ocuparía su mente y su tiempo en sus labores dominicales para distraerse de la amenaza. Ese pensamiento le reconfortó, empezó a considerar que quizás solo se trataba de una pesada y cruel broma. A veces tenía que sacar a unos cuantos adolescentes rebeldes que permanecían más tiempo del que debían en la iglesia, en el que se dedicaban a acceder a las zonas restringidas al público, como su sacristía.

–Sí, probablemente sea eso.

Se acercó hasta el amplio ventanal de su oficina, recorrió las cortinas abriéndolas de par en par, se regocijó al ver a las personas caminando con total tranquilidad por las aceras; iban y venían ajenas a cualquier preocupación y varias de ellas se dirigían hacia las puertas de la iglesia. El sacerdote se sintió reconfortado al ver cómo su rebaño se preparaba para asistir a la cita con Dios. Aquel pensamiento hizo que una sonrisa se dibujara en su cara, pero se desvaneció casi tan rápido como había aparecido.

El sutil sonido de las agujas del pequeño reloj que tenía en su pared anunció las once en punto y por lo tanto era hora de comenzar con el servicio religioso. Muy a su pesar, empezó a retroceder y apartó la mirada de sus fieles y fue justo en ese instante cuando Dimitri se percató de algo inusual: alejándose a través de la calle, dos hombres, como nunca había visto antes, llamativamente altos y con el cabello tan rubio como el mismo oro, daban grandes zancadas para apartarse de aquel lugar. La gente que caminaba despreocupada a su alrededor no reparaba en ellos, como si fueran invisibles a la vista de aquellos mundanos.

—*Ángeles...* —pensó Dimitri de forma inconsciente.

¿Por qué se parecían justo a los ángeles que tantas veces había visto en pinturas, dibujos y sueños? Por si fuera poco, algo aún más extraño ocurrió a continuación: uno de los dos hombres se detuvo de repente y giró en dirección a la iglesia. En ese instante, Dimitri hizo contacto visual directo con el extraño que alzó la mano como si estuviera saludándole. Acto seguido, el hombre retomó su andar con el sujeto que le acompañaba y ambos desaparecieron al cruzar otra de las esquinas de la calle.

De repente, un coche que estaba estacionado frente a la iglesia explotó lanzando una lluvia de cristales. Para Dimitri aquel momento ocurrió a cámara lenta, toda la luz pareció desaparecer succionada por el epicentro de la explosión. Las llamas y la onda expansiva hicieron volar los cristales del ventanal.

—*¡Dios mío!*

Los gritos se alzaban desde la calle en un lastimero coro de heridos; en su mente, el recuerdo de varias personas caminando por aquella zona volvió a asaltarle un segundo antes de que terminara de sumergirse en los mares de la inconsciencia.

Judas caminó lentamente a través del pasillo. El sonido de sus pies al arrastrarse sobre el rústico suelo de piedra llegaba a sus oídos como un eco proveniente de un lugar distante; aquello no le resultaba extraño, después de todo, los muertos no podían escuchar... Y él estaba muerto.

Muerto. Muerto. Jodidamente muerto.

El tacto de su piel contra las paredes de arenisca, el sabor de su última cena o la última vez que olfateó la pólvora le resultaban apenas un vago recuerdo, simples reminiscencias de una época diferente, una en la que aún conservaba su vida.

Se detuvo frente a la puerta de madera y empujó con suavidad, sabía que había pasado demasiado tiempo desde la última vez que puso aceite a esas bisagras, por lo que la puerta rechinaba bruscamente cada vez que se abría o cerraba, y no quería despertarla...

Giró el pomo y la puerta cedió dando paso al "cuarto de juegos". Apenas puso un pie en aquella habitación, le pareció escuchar gritos histéricos y desesperados como los de las mujeres..., como los de Marta. Por un instante consideró que los gritos eran reales y provenían de algún lugar muy cercano, pero aquello no era posible. Los muertos no escuchan. Y él estaba muerto.

Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, así que el pequeño haz de luz que se colaba en ese sótano a través de las rendijas del techo eran más que suficientes para que pudiera ver con claridad. Marta le estaba esperando allí, como siempre, sentada en la misma silla sin haber cambiado de posición desde la última vez que había bajado a visitarla.

–Hola, Marta –dijo Judas de forma inconsciente; las palabras habían brotado de sus labios sin proponérselo.

Marta, como de costumbre, no respondió, no tenía ganas de hablar.

–Sé que he tardado mucho en visitarte, Marta... He estado ocupado.

Ella seguía tan callada como siempre, sin embargo, esta vez le pareció que el silencio era interrumpido por algo más. Gritos.

–Te prometo que vendré más veces, Marta. No tardaré mucho tiempo en acabar, ya casi he terminado. Luego voy a

mudarme aquí, contigo.

Judas esbozó un intento de sonrisa que terminó siendo una terrorífica mueca. Más tarde, se acercó hasta Marta y la besó en la frente. Después de despedirse de ella, dio media vuelta y comenzó a caminar con dirección a la puerta del sótano, los gritos lejanos seguían retumbándole en la cabeza como un martillo mecánico. Necesitaba salir de allí, subir las escaleras y empezar a prepararse.

Cuando estuvo a punto de cruzar la puerta, su mirada tropezó con un trozo de espejo roto que estaba colgado en la pared. En esa fracción de segundo se vio reflejado en el vidrio, aquello no era algo que deseaba observar. Desde que había ocurrido "eso" con Marta, Judas había evitado a toda costa mirarse en los espejos, su propia visión le repugnaba.

El hombre que le devolvía la mirada desde el espejo tenía una apariencia espantosa: su piel estaba teñida de un gris tenue y se estiraba sobre sus huesos de una forma antinatural, como si estuviera tensada y a punto de romperse. Sus ojos se mostraban cubiertos con un tejido blancuzco que nublaban sus iris. El pelo se había caído de forma abundante en varias zonas de la cabeza dejando huecos de calvicie por doquier. Bajo su nariz, dos gruesos ríos de sangre seca que eran el único rastro de la terrible hemorragia que había sufrido. Su ropa estaba rasgada en jirones y llena de manchas oscuras que bien podían ser sangre o tierra, ya lo había olvidado. Judas contempló por última vez aquella atemorizante perspectiva, apartó la mirada de aquel trozo de espejo que le devolvía su cadavérico reflejo, subió de nuevo las escaleras y volvió al piso superior.

La gran rueda de la venganza debía empezar a girar y esta vez no habría quien pudiera detenerla.

Capítulo 2

El chico de los ojos violetas

–¡Despierta!

Gabriel abrió los ojos resignado y somnoliento; no había descansado en absoluto y ahora debía soportar aquel tormento que se repetía todas las mañanas.

–¡Vamos, Gabriel, es hora de despertar!

Una de las almohadas de plumas lo golpeó en la cara como advertencia de su compañero de cuarto que no estaba dispuesto a esperar más tiempo.

–¡Esta bien, Marvin! ¿Puedes dejar de molestar un segundo? –replicó Gabriel mientras se sentaba a la orilla de su cama y frotaba sus ojos. Los rayos del sol se colaban a través de la ventana de la habitación. Un vistazo al reloj de la pared revelaba que ya iban a ser las nueve y media de la mañana. Debían darse prisa o llegarían tarde de nuevo.

–Si me hubieras hecho caso anoche, ya estaríamos de camino a la consulta de la doctora. Nunca me haces caso, Gabriel. –Esta vez la voz de Marvin llegaba desde el baño. A Gabriel le sorprendió la velocidad con la que su compañero se había movido. Miró por segunda vez el reloj y suspiró fastidiado; le hubiera gustado seguir durmiendo un poco más, pero sabía que no podía aplazar su cita médica. Bajó

de la cama y se arrodilló junto a la misma, cruzó sus manos y las entrelazó preparándose para rezar.

–Padre nuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino...

Gabriel recitaba de memoria aquella plegaria y cerraba sus ojos con fuerza mientras en su mente visualizaba la brillante luz que él conocía como Dios.

–Señor, he tenido de nuevo ese sueño... –decía en voz muy baja, casi susurrando–. Ha sido como la última vez... Es de noche. Escucho cómo alguien huye a través de la puerta; lo persigo, pero solo me lleva hasta un bosque y en ese bosque...

–Espero que esos susurros no signifiquen que estás rezando de nuevo. Ya te lo he dicho muchas veces, idiota: Dios no existe –gritó Marvin desde el baño dando un tono burlesco a su voz. Gabriel bufó por lo bajo, quería terminar su oración antes de ponerse en marcha, incluso si eso le costaba algunos valiosos minutos.

–Por favor, Señor, ayúdame. Te imploro que apartes de mi mente esas visiones. Amén.

–¿Sigues perdiendo el tiempo con esa estupidez? ¡Date prisa o llegaremos tarde!

–¡Ya voy!

Gabriel se puso en pie de un salto y se dirigió hacia el baño. Marvin no estaba allí. Pensó que había ido a la cocina a por un bocadillo antes de salir. Se dio una ducha rápida y cinco minutos después ya estaba terminando de vestirse. Se acercó hasta el botiquín de primeros auxilios que había anclado a la pared del baño, lo abrió, extrajo el pequeño frasco de cristal, sacó dos píldoras y las mantuvo en su mano.

Por un segundo se quedó contemplándolas, absorto en sus propios pensamientos. Eran dos pastillas de Ruborem, el medicamento que la doctora Elisa le había recetado des-

pués de la última cita. Se suponía que era un inhibidor de la hormona del sueño y que suprimiría aquellas horribles pesadillas que estaba teniendo; sin embargo, el joven dudaba de la eficiencia de esas píldoras: no solo seguía teniendo las pesadillas, sino que además podría jurar que estas estaban empeorando.

Dejó las pastillas en la encimera del lavabo y pasó su mano sobre la superficie de la puerta-espejo del botiquín que se había empañado con el vapor del agua caliente, hasta que pudo ver su reflejo. Los ojos violetas le devolvieron la mirada desde el espejo.

Tenía la piel blanca, casi como el marfil. Había nacido con una deficiencia genética que alteraba la melanina de su cuerpo, la hormona encargada de la pigmentación, y por eso siempre lo tomaban como un albino, algo que le acarreó algunos problemas de adolescente. Por si aquello no fuera suficiente, también sufría de lagunas mentales y amnesias temporales, lo que hacía que mantener una vida normal fuera todo un reto. Había llegado desde Rumanía hacía apenas seis meses, después de veinticinco años de vida miserable, pasando de un orfanato a otro, recalando de un hogar a otro, sufriendo abusos y acosos de los demás. Gabriel se hartó de ser el chico raro al que todos miraban y señalaban entre susurros. Preparó sus maletas y se marchó a Estados Unidos.

–La jodida tierra de las oportunidades –pensaba.

Seguía absorto observándose en el espejo. No recordaba absolutamente nada de sus padres. En el orfanato le contaron que ambos habían muerto en un accidente de tráfico y que él sufrió un traumatismo craneoencefálico, causante de sus problemas de memoria, según el parte médico. Pero él no creía nada de eso.

Inquietantes y recurrentes sueños en su adolescencia instaban a Gabriel a alejarse de Rumanía. No tenía una explicación lógica para ello, solo sabía que debía partir de aquel sitio al que nunca pudo considerar un hogar. Pasados dos

años, se embarcó en un viaje que lo llevó desde Budapest hasta Ravenville, una ciudad de Estados Unidos cuyo atractivo principal era la mayor tasa de inmigrantes rumanos de todo el país.

Un par de días después de haberse instalado en su nuevo hogar, Gabriel conoció a Marvin a las afueras de su edificio cuando este se encontraba dando una paliza a un traficante de crack. Resultaba ser que Marvin tenía un carácter volátil e impulsivo que lo empujaba a “dejarse llevar” cuando sus emociones le sobrepasaban. A pesar de esto, los caracteres de ambos cuadraron bien y desde entonces Marvin visitó asiduamente el apartamento de Gabriel hasta el punto de que este ya lo consideraba su compañero de habitación.

También estaba la doctora Elisa, una psicóloga en extremo atractiva con la que Gabriel tenía consultas todos los miércoles desde hacía un par de meses. Había acudido a ella después de un agobiante incidente que lo había mantenido despierto durante toda una noche, preso de alucinaciones delirantes en las que corría a través de un oscuro bosque mientras era perseguido por figuras invisibles. La alucinación había sido tan real que lo había llevado desde su habitación hasta un pequeño parque de juegos a las afueras de su edificio. Marvin lo encontró allí, en medio de la noche, y lo acompañó de vuelta a su apartamento. Al día siguiente buscó en la guía telefónica y encontró el número de la doctora.

*–Pero ella no puede ayudarte con tus lagunas mentales...
¿O sí, Gabriel?*

El joven sacudió su cabeza como si aquello le ayudara a despejar esos angustiantes pensamientos. Miró de nuevo las píldoras de Ruborem y las cogió en su mano, estaba a punto de ingerirlas cuando la voz de Marvin lo interrumpió.

–No tomes esa mierda, Gabriel. No son buenas para ti.

Gabriel se apartó un poco y vio también el reflejo de Marvin tras él. Vestía la misma ropa de siempre, aunque esta